CAPÍTULO I

Por enésima vez en aquellos veinte minutos, Victor se dedicó a observar el boleto de avión que sostenía entre sus manos como si se tratara de una granada activa e, inevitablemente, perdió la cuenta sobre cuántas veces se había preguntado lo mismo durante esa última semana. Algo relativo cabía resaltar, pues tal como le sucedió antes, encontró una misma respuesta al dilema que lo aquejaba: no creía estar lo suficientemente preparado para hacer semejante locura.

Con sus ojos azules fijos sobre la inmensidad de aquel aeropuerto internacional donde miles de personas arribaban a diario desde todas partes del mundo, sin poderlo evitar se sintió terriblemente diminuto; justo como si se tratara de una partícula subatómica inestable que se descomponía en condiciones atípicas.

La sensación ya era una vieja conocida. Venía ocurriéndole lo mismo desde que, por razones totalmente ajenas a su control, se vio en la penosa necesidad de ponerle fin a una relación amorosa de diez años. Era preocupante y patético al mismo tiempo, pues a sus cuarenta estaba atravesando la peor situación sentimental de toda su vida.

Un día disfrutaba la tranquila monotonía de su rutina diaria, y al siguiente ayudaba a empaquetar montones de recuerdos entre cajas de cartón selladas con cinta adhesiva. En verdad todavía no lograba asimilar bien los acontecimientos, y ahora estaba a punto de realizar un viaje de quien sabía cuántas horas para intentar olvidar.

Era algo absurdo dadas las circunstancias.

Tras emitir un pesado suspiro, Victor intentó mantener la calma a toda costa mientras Andrey, su simpático hermano de veinte años que usualmente buscaba verle lo bueno a todo sin importar cuán difícil pudiera ser, esperaba junto a él a que su vuelo fuera anunciado. En un inicio le había dicho todo sonrisas y encanto -don intrínseco en los Nikiforov-, que se quedaría para hacerle un poco de compañía porque no tendrían oportunidad de verse hasta dentro de cuatro o cinco semanas. Sin embargo, Victor conocía perfectamente bien los motivos reales: Andrey quería asegurarse que no saliera corriendo a la primera de cambios. Igual le hubiese resultado muy difícil llegar lejos, pues conseguir un taxi en un sitio como aquel bien podía considerarse una tarea titánica, pero no se avergonzaba de aceptar que estaba muy asustado.

Le daba muchísimo miedo tomar aquel vuelo a Nepal sin importar que fuera por vacaciones obligadas.

Toda esa disparatada situación fue culpa de sus otros dos hermanos menores, ambos gemelos con apenas dieciocho años, quienes se comprometieron a buscar opciones adecuadas para permitirle disfrutar el permiso de seis meses que los directivos en la universidad le otorgaron por supuesta salud mental. Victor se negó al inicio, sin embargo, ellos amenazaron con despedirlo si acaso se empeñaba en comportarse como un total cabeza dura insufrible. Aunque Victor fuera una eminencia en el área de investigación y desarrollo gracias a su doctorado en Física, tampoco lo convertía en alguien indispensable, dijeron.

Y Victor no podía quedarse sin trabajo a esas

alturas; la paga era buena, ayudaba a cubrir las facturas y lo mantenía cuerdo el noventa por ciento del tiempo. En realidad toda su familia, incluidos sus padres, prácticamente lo obligaron a aceptar y alejarse así del entorno que tanto daño le había causado, cuyos amargos recuerdos seguro iban a perseguirlo para siempre. Pero los problemas tenían la maldita particularidad de seguir a las personas sin importar dónde fueran a parar.

Y es que Victor estuvo a pocas semanas de contraer matrimonio tras varios años de noviazgo aparentemente bien cimentado, a pesar de ello, su prometido creyó más importante aceptar una beca completa en los Estados Unidos que le brindaría la oportunidad de adquirir un excelente postgrado en Astrofísica, mandando al demonio todos los planes a futuro que armaron juntos al aceptar que no quería casarse con él, pues su carrera era prioridad.

Victor terminó con el corazón destrozado, por supuesto. Le dolió más que nada la total falta de sinceridad a tan escasos meses de unir sus vidas en matrimonio. Tras tanto tiempo viviendo juntos en una relación estable, Victor creyó que al menos merecía eso.

Sin embargo, dio demasiadas cosas por sentado al parecer.

—Es hora —Victor se estremeció por las palabras que lo regresaron al mundo real, pues creyó que todavía le quedaba tiempo para retractarse.

—No quiero ir —Andrey puso los ojos en blanco en un gesto nada elocuente.

—Sí, sí quieres —cual niño pequeño, le tomó la mano dispuesto a servir como guía entre todo el gentío decidido a llevarlo hasta la zona de aborda-

je—. Además, piensa un poco: estarías perdiendo mucho dinero al cancelar tu reservación, romperías el corazón de nuestros padres y, como valor agregado, los gemelos se pondrán furiosos.

Victor hizo un mohín disgustado.

—Detesto cuando haces eso...—se quejó de mala gana.

—¿Qué cosa, Vitya?

—¡Eso mismo! —Andrey emitió una carcajada alegre—. Chantajearme así te sale muy bien —gruñó entre dientes.

—Tengo el don —río divertido y Victor quiso darle en la cabeza con lo primero que tuviera cerca. Una vez llegaron a la zona destinada donde Victor abordaría, Andrey le regaló un apretado abrazo que lo dejó sin aire—. Intenta relajarte, disfruta la visita y espero que puedas encontrar a alguien con quien divertirse las veces que quieras.

Victor suspiró derrotado ante la desvergüenza de su hermano menor. Hablaba de sexo, por supuesto.

—No creo, pero gracias por tus buenos deseos.

—Nunca sabes, Vitenka —le palmeó la espalda—. El destino puede sorprendernos de muchas maneras, jamás lo olvides.

Negándose a escuchar otro disparate, Victor se dio la vuelta y como si fuera un reo condenado a muerte se dispuso a subir al bendito avión. Pasar el primer control fue fácil tomando en cuenta que tenía todos sus documentos en regla y el equipaje ya se encontraba a bordo.

Encontrar su respectivo lugar tampoco representó problema alguno. Gracias al cielo parecían haberle asignado un sitio tranquilo sin pasajeros

problemáticos alrededor. Podría dormir un poco si no se topaban con mucha turbulencia.

Y mientras se ponía cómodo sobre su asiento, se dijo que ese sin lugar a dudas sería un largo viaje.

El cual solo esperaba que terminara pronto.